

Impertinentes

El desgarrro de pensar

Octavi Fullat

Prólogo de
Conrad Vilanou Torrano



ÍNDICE

PRÓLOGO. EL PENSAMIENTO IMPERTINENTE DEL PROFESOR OCTAVI FULLAT I GENÍS <i>Conrad Vilanou Torrano</i>	9
INTRODUCCIÓN O ELOGIO A LA IMPERTINENCIA	43
AVISOS PARA LA LECTURA	45
Thomas Aquinas (santo Tomás de Aquino) (1225-1274)	47
Aristóteles (384-322 a.C.)	59
Aurelius Augustinus (san Agustín) (354-430)	75
Ingmar Bergman (1918-2007)	95
Albert Camus (1913-1960)	101
René Descartes (1596-1650)	123
Sigmund Freud (1856-1939)	135
Génesis (<i>Bere'shith</i>) (siglo VI a.C.)	161
Martin Heidegger (1889-1976)	189
Edmund Husserl (1859-1938)	215
Immanuel Kant (1724-1804)	241
Claude Lévi-Strauss (1908-2009)	269
Karl Marx (1818-1883)	311
Friedrich Nietzsche (1844-1900)	331
Paulos de Tarsos (san Pablo) (10-67)	363
Platón (428-348 a.C.)	395
Jean-Paul Sartre (1905-1980)	407
William Shakespeare (1564-1616)	425
Miguel de Unamuno (1864-1936)	435
Ludwig Josef Wittgenstein (1889-1951)	447
Juan de Yepes (san Juan de la Cruz) (1542-1591)	465
EPÍLOGO	483
ÍNDICE DE NOMBRES	487

PRÓLOGO.

EL PENSAMIENTO IMPERTINENTE DEL PROFESOR OCTAVI FULLAT I GENÍS

El profesor Octavi Fullat i Genís, nacido en Alforja (Baix Camp, Tarragona) el año 1928, nos ofrece en esta obra una especie de testamento intelectual, a través de una *Bildungsroman* —un relato de formación— que pone de manifiesto sus deudas respecto a sus maestros-pensadores. De hecho, su confesión personal en tres volúmenes de memorias anticipó hace unos años esta radiografía de 21 intelectuales —20 hombres y un tema bíblico— que han influido en su particular manera de pensar, ciertamente impertinente. Se puede añadir que después de una larga trayectoria intelectual y académica aprovecha la ocasión de este libro para trazar 21 siluetas de autores que han marcado su propio itinerario personal, los impertinentes que —al fin y al cabo— desea que también sean los que produzcan desazón entre sus lectores. Por ello, esta narración puede servir de modelo y ejemplo para cualquier lector, ávido de lanzarse a la empresa de pensar en estos tiempos de crisis, o, lo que es lo mismo, de falta de miras elevadas y perspectivas halagüeñas.

Si Nietzsche nos enseñó a pensar de manera intempestiva, Fullat lo hace siguiendo el principio de la impertinencia a sabiendas de que sus comentarios pueden molestar a más de una persona. En realidad, es lo que busca y desea a fin de intranquilizar al posible receptor con la intención de despertarlo del sueño de la comodidad y de la complacencia. Él no persigue la aquiescencia, sino provocar la inquietud entre el público, sea de la índole que sea, joven o adulto, universitario o profano. Y si ello siempre ha sido su lema y divisa, esta dimensión se ha agudizado últimamente, después de alcanzar a fines del siglo pasado la edad bíblica, según reza el Salmo: «Los días de nuestros años son setenta años, y ochenta en los más robustos; pero también la robustez es apariencia, un nada, porque pasa en un instante, y volamos» (90, 10). Pues bien, antes de llegar a la hora crepuscular, el profesor Fullat nos ofrece estos 21 retratos, esbozos y siluetas no menos impertinentes, que configuran el susto o riesgo de pensar al abocarnos —en más de una ocasión— al abismo.

Parece lógico, además, que la Universidad de Barcelona publique esta obra cuando se cumplen cincuenta años de su destitución como profesor de la institución. En el mes de marzo de 1966 las fuerzas antifranquistas se reunieron en el convento de los Capuchinos de Sarriá, en la famosa *caputxinada*. Corrían aires de renovación, cuando hacía solo unos meses que se había clausurado el Concilio Vaticano Segundo (1962-1965). Pero el régimen no cedía a la presión popular y así el profesor Fullat fue expulsado de la Universidad de Barcelona, donde desempeñaba las funciones de profesor ayudante de la cátedra de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras, a través de un decreto del 15 de septiembre de 1966. Este episodio queda recogido en diversos pasajes de sus escritos. A la sazón, el rector era Francisco García-Valdecasas Santamaría —ocupó el cargo entre 1965 y 1968— y la expulsión se produjo después de un juicio sumarísimo presidido por Manuel Batlle Vázquez, catedrático de Derecho y rector de la Universidad de Murcia. La acusación que se había lanzado contra Fullat era muy simple: haber firmado con otros profesores un telegrama al ministro de Educación pidiendo el cese del rector García-Valdecasas.

Añádase que él fue quien llevó el telegrama a la oficina central de Correos, al final de la barcelonesa Vía Layetana, ante los muelles portuarios, quizá pensando que su condición de escolapio podía ser una protección ante las autoridades del régimen. En realidad, ello no sirvió de gran cosa ya que fue defenestrado, junto a otros profesores (la suma de represaliados llegó a 69 profesores y 266 alumnos), lo que supuso un duro quebranto para una universidad controlada ideológicamente por el franquismo. Así pues, Fullat fue alejado forzosamente de la Universidad de Barcelona —donde se licenció y doctoró—, con lo que su trayectoria se encaminó hacia París, lugar en el que gozó de una beca del gobierno francés para retornar, poco después, a la vida universitaria a través de la recién creada Universidad Autónoma de Barcelona. Nos encontrábamos a comienzos de la década de los setenta y los signos de los tiempos empezaban a cambiar, aunque había que tomar todas las precauciones a fin de no despertar las suspicacias gubernativas.

Sin embargo, él siempre ha caminado a contracorriente. Da la impresión de que el profesor Fullat actúa de este modo para zaherir al lector adormilado, al alumno que sigue pasivamente las explicaciones de sus maestros, al profesor que se limita a transmitir unos apuntes con el soporte del PowerPoint, sin ningún tipo de cuestionamiento ni discusión. Para algunos es solo una frivolidad, una manera de *épater le bourgeois*, pero para quienes lo conocemos sabemos que es mucho más que una simple provocación ya que, en último término, se trata de problematizar las cosas para repensarlas más allá de lo

aparentemente sensato y políticamente correcto. Cual Sócrates en Atenas, Fullat es un hostigador que recurre al uso de la ironía para desencadenar la duda sistemática a fin de encontrar argumentos con mayor fortaleza, siempre en el marco de la provisionalidad de quien busca la verdad impenitentemente. Si una de las constantes de Europa es la duda, Fullat es un espíritu europeo que entronca con la mejor de las tradiciones humanistas: Erasmo, Rabelais, Montaigne, Descartes y Voltaire. En realidad, él no quiere pasar desapercibido, no desea que sus libros sean manuales al uso, ni que sus palabras dejen indiferente a nadie. Todo esto puede estar bien, pero solo sirve para un público —ya sean alumnos universitarios o lectores adultos— que queda satisfecho con la epidermis del pensamiento, las simples apariencias que no ahondan —como los poetas y los artistas— en el fondo de las cuestiones.

Naturalmente, entre los autores que le han inquietado se encuentra —como no podía ser de otra manera— san Agustín. Como el filósofo de Hipona, Fullat también se ha confesado, primero con una trilogía memorialística que cubre su mundo vital y ahora con esta radiografía intelectual de los pensadores que más han incidido en su configuración mental. He aquí los títulos de aquella trilogía de memorias: *La meva llibertat. Inici biogràfic, home, Catalunya, sexe, Déu* (2006), *La meva veritat. Història, moral, valors, educació, per què?* (2008) y *La meva bellesa* (2010), que ahora se completa con el libro que nos ocupa. De hecho, sus memorias levantaron ampollas en más de un puritano que no pudo acabar ninguno de los tres volúmenes que componían aquellas confesiones un tanto descaradas.

Baste recordar que en el campo de la pedagogía —y no olvidemos que el profesor Fullat ha sido uno de nuestros filósofos de la educación más estimados— el puritanismo ha ejercido mucha influencia que se mantiene —queramos o no— en nuestros ambientes educativos, celosos por custodiar la moral pública hasta extremos insospechados. Para más de uno la educación es sinónimo de moralización, no solo en lo que concierne al ámbito de la escuela confesional, sino también en la esfera de la educación pública. En cambio, la educación para Fullat hay que entenderla desde la perspectiva de la domesticación, del ejercicio sistemático de la violencia, proceso de asimilación social que ejerce mayor influencia que la moralización. No por azar, Fullat fue receptivo a las enseñanzas de Michel Foucault, a cuyas clases asistió en el Collège de France, cuando en España era desconocido salvo en círculos muy reducidos.

En todo caso, no cabe la menor duda de que el profesor Octavi Fullat no es un puritano y tampoco alguien «políticamente correcto», aunque siempre se ha mantenido en el marco de la estricta corrección académica. Su trasfondo

y ascendencia novecentista —una especie de remedo de Eugeni d’Ors, un intelectual injustamente olvidado— le hacen mantener un estilo formal, pero el contenido de sus afirmaciones puede exasperar a más de uno, en especial a quienes muestran su complacencia con las actitudes biempensantes. Además, a menudo en sus escritos aparecen nombres conocidos, sobre todo de políticos que son expresamente citados, con nombre y apellidos, mientras que otros son aludidos de una manera un tanto indirecta pero nítida.

A grandes rasgos, podemos decir que la obra del profesor Fullat se ha gestado a caballo de tres grandes narrativas, a saber, la del mundo de la ciencia (esto es, su formación filosófica), la del mundo de la vida (sus vivencias y experiencias, sus diversos viajes y aprendizajes) y, por último, la del mundo de la fe, que creció en el ámbito familiar al abrigo de la atenta mirada de su madre, Maria Genís Serra, y que —quizá por influencia de su padre, Lluís Fullat Aragonés, un médico formado a la sombra del doctor Juan Negrín, que fuera presidente de la Segunda República— ha ido debilitándose hasta diluirse en el misterio. En otras palabras: la escritura de Fullat no se entiende sin su vida porque lejos de aspirar a pensar de manera fría y aséptica, él sabe que la filosofía —por su condición hermenéutica— implica que el sujeto proyecte sus presupuestos (o mejor aún, sus «prejuicios» vitales) en su labor interpretativa.

Por ello, su vida no es ajena a su obra, que ofrece muchos aspectos y connotaciones biográficas. A este respecto, estos retratos o perfiles impertinentes no pretenden ser análisis científicos y rigurosos de los autores que han determinado su cosmovisión particular. Hay que insistir en que los traza desde su recepción personal, desde su propia vivencia y experiencia. No se trata, por tanto, de un recordatorio biográfico preciso y documentado sino de algo distinto, de una reconstrucción biográfica elaborada sin restricciones, a través de una mirada libre, es decir, un pensamiento independiente. No extraña, por tanto, que el año 1963 —en los comienzos de su carrera intelectual— escribiese en su tesis doctoral lo siguiente: «El dato incuestionable filosófico es nuestra propia vida como *biografía*, es nuestra radical exigencia de acción, y es aquí donde queda anclada la interrogación fundamental» (Fullat, 1963, pág. 7).

Fullat es un espíritu solitario que siempre ha circulado libremente, a pesar de formar parte desde temprana edad de la orden escolapia que lo ha aceptado y lo estima como un hermano más, sin críticas ni amenazas. Más aún, sin represalias ni condenas. Gracias a esta libertad ha podido escribir siempre sin cortapisas, sabedor de la distancia existente entre la narración histórica (*Histoire*) y la ciencia histórica (*Geschichte*) que apunta a los hechos históricos contrastados fielmente. Su camino no transita, pues, por la historia entendida como disciplina histórica (*Geschichte*), sino como una escritura personal e intransferi-

ble, con lo que su narrativa se asemeja más a la literatura que no a la historia basada en un sólido arsenal documental. Él no pretende dibujar exactamente a santo Tomás de Aquino, a Nietzsche o a Camus. Solo busca bosquejar los perfiles de aquellos que, de una manera u otra, zahirieron su pensamiento, poniendo en marcha toda su máquina mental a fin de encontrar términos y conceptos que —a la larga— se pusieron al servicio de los discursos filosóficos y pedagógicos que ha ido fraguando a través de una manera impertinente de pensar.

Bajo la influencia de Heidegger, Fullat reconoce que el hombre es el único animal que se hace preguntas. De ahí que a menudo haya buscado interlocutores —réplicas de Eckermann o de Octavio de Romeu, los corresponsales de Goethe y Eugeni d’Ors— para sus confidencias, a través de aquellas construcciones —como Eulalia, la del buen hablar— que lo acercan al mundo de la cultura y la civilidad. En realidad, él siempre ha necesitado de los otros para poder dialogar. Sus alumnos han ocupado durante décadas este papel, reservado hoy a sus discípulos predilectos. Cito solo dos nombres: Joan-Carles Mèlich, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona —que fue quien le sugirió la idea de este libro, según el mismo Fullat reconoce—, y Anna Pagès, profesora de la Universidad Ramon Llull, que siempre ha estado al lado del maestro-pensador que ha merecido, en su largo periplo profesional, diversos reconocimientos y galardones.

De tal modo que ha recibido varios doctorados *honoris causa* por distintas universidades, la Creu de Sant Jordi de la Generalitat de Catalunya y premios como el Blanquerna Educació que concede la Universidad Ramon Llull (edición 2016), de la cual también ha sido profesor. Es solo una pequeña muestra de un extenso currículum, jalonado por más de un centenar de libros e infinidad de artículos esparcidos por todo tipo de publicaciones, ya sean especializadas o divulgativas, españolas o extranjeras. Junto a Joan-Carles Mèlich y Anna Pagès —sus alumnos más destacados—, otros muchos —y aquí debemos citar a Anna de Montserrat, Josep-Lluís Rodríguez Bosch, Mónica Guerrero y Xavier Laudo— hemos recibido su magisterio, un venero de palabras y pensamientos. Con todo, y más allá de sus discípulos —ya sean los nombrados o los silenciados—, encontramos el eterno femenino dibujado en su día por Goethe, que ha desempeñado un papel capital en su formación personal e intelectual. Cabe citar sobre todo a tres mujeres. Su madre Maria —maestra de profesión, seguidora de la pedagogía Montessori y que procedía de una familia farmacéutica de Vic— durante la infancia, su hermana Maria durante los años de madurez, y Antonieta Borràs —su amiga y compañera en el último tramo de su viaje— han sido, y son, sus verdaderas —y quizá únicas— camaradas, amén de sus alumnas predilectas.

Pero estas últimas son únicamente acompañantes, porque el profesor Fullat —como los grandes paseantes— siempre camina en solitario, como mínimo desde un punto de vista intelectual. Se trata de un peregrino que necesita ser acompañado para poder dialogar. Sin embargo, sus conversaciones son a menudo soliloquios porque él habla consigo mismo para reafirmar un itinerario intelectual trazado libremente. No se trata, empero, de un ejercicio de narcisismo intelectual, sino de un proceso continuo de autorreflexión y auto-clarificación como corresponde a un pensador hermenéutico de cepa socrática. En su universo, como bien se plasma en el libro que presentamos, estos 21 retratos impertinentes adquieren la condición de testimonios de un arduo trabajo intelectual. Es con ellos con quienes ha dialogado en su interioridad, mientras que quienes hemos acompañado su devenir vital en diferentes momentos nos hemos convertido en una especie de convidados de piedra que —a lo sumo— podemos levantar acta pública de sus trabajos y sus días.

En definitiva, el profesor Fullat —como Eugeni d'Ors— es un pensador que gusta de la plática, en una especie de tertulia inacabada que se inicia en su propio yo y que, en algunos momentos, comparte con un grupo reducido de amigos. Si Eugeni d'Ors sentó cátedra en el madrileño café Lyon d'Or de la calle de Alcalá, hoy ya desaparecido, el profesor Fullat es amigo también de cafeterías y restaurantes, de buenos caldos y bebidas espirituosas. Como botón de muestra, señala que el vino no se ha hecho para satisfacer la sed sino para compartir —cual banquete platónico— la amistad y el diálogo (Fullat, 2006, pág. 229).

Pero a pesar de la presencia de varias mujeres en su círculo más cercano, lo cierto es que ninguno de estos perfiles impertinentes está dedicado a una mujer, ya sea en singular (Edith Stein, Dorothy Parker, Virginia Woolf, Simone Weil y Simone de Beauvoir bien hubieran podido formar parte del elenco) o en genérico (un capítulo dedicado, por ejemplo, al eterno femenino, que emerge no solo en las tres mujeres que han influido en su vida sino también en Eulalia, la réplica de Teresa, la Bien Plantada orsiana, que sirvió para dar forma a buena parte de sus reflexiones filosóficas y pedagógicas de antaño). Quizá Eulalia —epítome de todas las musas, impertinentes o no— hubiera merecido un capítulo en esta selección, pero no ha sido así. La presencia de la mujer se ha hecho, pues, un tanto elusiva y se ha difuminado entre los 21 perfiles que integran el presente libro.

Alguien podría pensar que el profesor Fullat es un misógino, aunque a nuestro entender ello no es del todo así. De tal suerte que Fullat ve en la mujer aquella fuerza que inspira y eleva el pensamiento hacia las zonas más altas y nobles, donde habitan las ideas y donde los hombres —con sus máscaras,

pasiones y falsedades— no pueden llegar. En su mundo, las mujeres —su madre, su hermana y la estimada Antonieta— forman una pequeña constelación, tres modelos o arquetipos que representan tres amores —el maternal, el fraternal, el afectivo-sexual— que sintetizan la bondad, la amistad o la cercanía con la verdad y la belleza. El profesor Fullat siempre piensa en base tres, por lo tanto, no puede limitarse a una única mujer, necesita de las tres para alcanzar sus objetivos intelectuales, para trazar su propio itinerario personal y llegar a sus metas máximas. En suma, para subir hasta las zonas más sublimes del pensamiento necesitamos algo que nos impulse y para ello contamos con el soporte y ayuda del eterno femenino —sintetizado, a modo de ejemplo, en Bettina von Arnim—, que nos permite ascender por la vía del conocimiento y, si se quiere, de la sabiduría. En última instancia, y siempre según Fullat, la mujer nos hace ser lo que somos.

SIEMPRE NÓMADA

Se hace difícil en unas breves notas de presentación dilucidar cuáles son los rasgos más significativos del pensar del profesor Fullat. De entrada, podemos señalar que se trata de un pensador dialéctico, ya que en su opinión todo es guerra y oposición. No sorprende, pues, que después de dialogar con las modernas corrientes de pensamiento —tal como se palpa a través de los 21 imperitinentes que configuran el presente libro—, nuestro autor haya elaborado una fenomenología educativa que entiende la educación como una dialéctica entre la violencia y la erótica que constata la peregrinación del mal (Fullat, 1988a) y el crepúsculo del bien (Fullat y Mèlich, 1989).

Si para Eugeni d'Ors la educación no es nada más que una lucha entre dos eones, entre el romanticismo y el clasicismo, Fullat equipara el acto educativo a un acto de violencia, ya que se mueve entre los impulsos de vida (*eros*) y de muerte (*thanatos*). Con este trasfondo, la educación parte del supuesto antropológico pesimista que ve al ser humano (*anthropos*) como alguien que siempre se encuentra insatisfecho, que desea más y más cosas. En realidad, en su pensamiento se detecta la impronta freudiana alejándose del optimismo antropológico de Rousseau. En efecto, bajo la influencia de Freud, lo que ocupa y preocupa al profesor Fullat es la naturaleza del ser humano, la conducta humana, que —gracias a su apertura— siempre permanece *in-satis-fecho*, es decir, nunca se encuentra acabado del todo, y, por tanto, siempre reclama encantos eróticos: placer, hambre, sexo y amor: «Herencia, estímulo y respuesta. Determinismo. Necesidad. Los animales ya empiezan viejos. Los brutos

están siempre hechos. El animal humano, por el contrario, tiene la sensación que es inconcluso, que siempre está por hacer» (Fullat y Sarramona, 1982, pág. 35). Queda claro, pues, que el hombre es un animal de necesidades ya que lo necesita todo:

No solamente comida, vestido y casa; también tiene hambre de teoremas, de pintura, de normas, de amistad e, incluso, experimenta sed de Dios. El hombre consiste radicalmente en ser menesteroso; jamás es *él mismo* sin *lo otro*. El ser humano es constitutivamente indigente, pordiosero, necesitado. Trabajar es la única forma de superar tan deprimente condición (Fullat, 1988a, pág. 57).

Desde una perspectiva pedagógica, esta insatisfacción implica que permanece abierto para alcanzar su forma definitiva. Por supuesto que siempre hay abertura y expectativa y, por consiguiente, posibilidades de formación (*Bildung*), aunque por su propia naturaleza el hombre es un viajero, alguien itinerante que siempre está en camino hasta el punto de convertirse en un errante, en un nómada.

Homo viator; animal caminante, el humano. *El anthropos* es quizá memoria del futuro. No fue un loco Platón, ni tampoco Ulises. *Homo viator*. Abandono no obstante la odisea. El Deuteronomio despierta más la curiosidad; para Abraham el tiempo queda abierto, esperanzado. Los tiempos cerrados, clausurados, desesperantes niegan la poesía, la imaginación; y la poesía consiste precisamente en situarse, uno, en la esfera de lo que no existe (Fullat, 1990, pág. 141).

A raíz de ello, el profesor Fullat ha sido un defensor y promotor del esculismo como una eficaz instancia educativa y, por ende, del neonomadismo pedagógico que promueve el contacto de los alumnos con la naturaleza. «Me noto incrustado en el *status viatoris*, en la situación de caminante» (Fullat, 1990, pág. 34). Tampoco extraña que haya pregonado que el lugar del hombre en la historia es el del caminante que no encuentra su destino en un lugar fijo, hasta convertirse en una especie de pelegrino del Absoluto. «El hombre es caminante; es decir, un esperanzado que piensa dirigirse hacia alguna cosa mejor. La esperanza es cosa de viandantes, es lo propio del *homo viator* que escribió Tomás de Aquino en el siglo XIII» (Fullat y Sarramona, 1982, pág. 236). Por su lado, la dimensión corporal del ser humano define su condición nómada. «Vivimos invariablemente en algún “topos” —sitio— y esto solo es posible porque previamente ocupamos el espacio habitado por el cuerpo propio [...]. Pues, bien; este mi cuerpo es el punto

cero —nómada, por cierto— de toda distancia practicable» (Fullat y Sarra-mona, 1982, pág. 100).

Su aventura personal ilustra perfectamente cuanto decimos. Durante varios años, después de una sólida formación alcanzada con los escolapios, vivió en la esperanza pascual de la resurrección. Gradualmente, esta confianza en la esperanza de un final que nos acerque a la plenitud del Absoluto se ha diluido, y así el Absoluto se ha convertido en una meta inalcanzable, en un misterio en el mejor de los casos. Años atrás se interrogaba sobre el destino, el fin del viaje, buscando —como Abraham— la tierra prometida:

Se camina hacia algún punto; ¿existe el Agathon, el Bien, común a todos, o a cada quien le incumbe la tarea de inventar su bien de cada día? Por otra parte la estructura humana de ser caminante, o navegante, no garantiza la existencia ni de la meta ni del puerto, sino solo la de la marcha y la de la navegación (Fullat, 1990, pág. 175).

Pero hoy su caminar —a los ochenta y ocho años— ha perdido la dimensión trascendente de otro tiempo y ahora se mueve en el ámbito de la inmanencia, consciente de que el ser humano nunca llegará al final, ya que cualquier consideración escatológica resulta problemática o, como mínimo, enigmática. Sin embargo, y a falta de la fe teológica, queda la posibilidad de la fe pedagógica, esto es, el camino no hacia la perfección sino hacia una formación (*Bildung*) que siempre está inconclusa, en un proceso abierto que no tiene otro límite que la hora de la muerte. No resulta difícil deducir que aquí radica una de sus intuiciones pedagógicas más sugestivas: la antropogénesis, esto es, el proceso a través del cual el ser humano se hace a sí mismo.

Si Goethe pedía desde su lecho mortal luz, más luz, algo parecido reclama el profesor Fullat desde esta insondable necesidad de formación, porque en última instancia —y aunque haya perdido la fe en la resurrección pascual— sabe que el tenue reflejo del Absoluto puede servir para indicar el camino del misterio, faro último de la formación. Así todavía confía, o como mínimo da la impresión de que desea confiar, en el misterio que radica en la palabra, en el lenguaje, sobre todo de artistas, poetas y músicos. He aquí la fuerza de san Juan de la Cruz, uno de sus impertinentes de cabecera.

Perdida la confianza en la resurrección pascual, Fullat es un descreído, un desengañado del mundo. Cuando era joven había puesto su confianza en la metafísica y, por consiguiente, en la filosofía como historia de salvación. Entonces el camino tenía alfa y omega, comienzo y final, protología y escatología, con un inequívoco horizonte teleológico. De este modo, la cuestión de la

existencia de Dios —tema transversal en toda la obra de Fullat— ha quedado circunscrita al ámbito del misterio, de manera que si antes era un peregrino del Absoluto, de Dios, ahora se ha convertido —cuando Dios se ha hecho silencio— en un romero del misterio, de un Dios que juega con nosotros a ocultarse, un *Deus absconditus* al que solo es posible acceder —si todavía ello es posible— a través del lenguaje de los artistas.

De ahí su entrañable amistad con el escultor Josep Salvadó i Jassans (Alforja, 1938), más conocido por su segundo apellido.¹ La muerte de este escultor —acaecida el 3 de marzo de 2006, después de una cruel enfermedad— marcó un punto de inflexión en su pensar, que se hizo más pesimista si cabe. Después de no poder asegurar a su amigo la existencia de una vida eterna, el llanto por aquella muerte recuerda el de Gilgamesh por la desaparición de su amigo Enkidu. Años después, Fullat ha pergeñado un escrito inédito «Jassans: la escultura como ardor en vistas a la teofanía» —un fragmento de su Diario particular, correspondiente a la anotación del 22 de agosto de 2015— en que destaca que las obras de este artista son iconos y no ídolos. Más allá de la belleza clásica de sus esculturas, detrás de su espléndida fractura se detecta la presencia de algo que nos trasciende. Cabalmente, Aquello Otro —así, en mayúsculas— nos sumerge en una realidad distinta, desconocida, arriesgada e, incluso, amenazadora. También Fullat, como su amigo Jassans, es un místico que ve en la vida un purgatorio que se aleja del paraíso (el idealismo platónico) y del infierno (el mundo sublunar aristotélico). Ambos, Jassans y Fullat, peregrinan por un purgatorio terrenal en busca de un misterio que se esconde y escapa, que solo es posible captar entre sombras que huyen y se deshacen, cuando Dios —el *Elohim Yhwh* de la tradición judía— se ha hecho invisible e irreconocible. Si hasta el año 2006, cuando fallece su amigo entrañable, Fullat había vivido metido de lleno en el tema de la inmortalidad, a partir de este momento la cuestión se hizo todavía más acuciante, agravada por la pérdida posterior, en 2007, de su hermana Maria. Y en ello está, ahora, cuando publica esta colección de 21 impertinentes a sus ochenta y ocho años de edad, en plena edad bíblica, cuando ya ha fraguado una posición existencial, hermenéutica y mistagógica, los tres pilares sobre los que se levanta su visión de las cosas o, lo que es lo mismo, su cosmovisión (*Weltanschauung*).

1. Francesc Fontbona y Alexis Eudald Solà, *L'escultor Jassans*, Barcelona, Àmbit, 1989.